

# Santa Faz y Montemar

EVOCACION DE LA RECONQUISTA  
DE ORAN Y SUS CASTILLOS

— POR —

*Francisco Figueras Pacheco*

Correspondiente de la Real Academia de la Historia  
y Cronista del Excmo. Ayuntamiento de Alicante



AÑO 1949  
IMPRENTA BAÑULS  
ALICANTE



# *Santa Faz y Montemar*

== EVOCACION DE LA RECONQUISTA DE ORAN Y SUS CASTILLOS ==

---

---

*Por FRANCISCO FIGUERAS PACHECO*

Toda la historia de Alicante en la Edad Moderna, se halla ligada de modo especialísimo con la Reliquia de la Santa Faz. A partir del reinado de D. Fernando el Católico de gloriosa memoria, no hay página saliente, en los anales alicantinos, donde no se aluda bajo algún aspecto, al Lienzo de la Verónica que se custodia en nuestro Santuario. Los pueblos, como los individuos, avanzan a través del tiempo siguiendo un camino más o menos áspero, pero jalonado de hitos que evocan casi siempre, fechas dolorosas cuando nó francamente trágicas. Así la mención de la Faz Divina en las crónicas locales, se encuentra tantas veces como el relato de las desdichas que sufrimos en las últimas centurias. No se recuerda guerra, ni sequia, ni peste, ni ninguna otra aflicción pública en que nuestros paisanos no volviesen sus ojos al Monasterio de la Huerta, para pedir clemencia al Todopoderoso, y el Lienzo que enjugó el sudor de Cristo, fué y sigue siendo el paño de lágrimas de la ciudad. Nunca mejor que en este caso, se puede emplear tal nombre. Por algo es también, el emblema de la devoción más arraigada y férvida de todos los alicantinos, sin distinción de ideologías. Bien lo prueba el hecho, realmente abrumador y portentoso, de haber salido indemne, la reliquia de la tempestad más furiosa que azotó nuestro suelo en el transcurso de los siglos.

Pero la Faz del Redentor, no sólo está ligada con los anales de la ciudad en que tiene su Santuario, sino también con la Historia General de España, aunque escondida naturalmente en la penumbra de los hechos que registran sus páginas. En ellas no se estampa, ni puede estamparse más que la silueta, el contorno, el exterior de las grandes gestas. El proceso sentimental de los corazones que las

dirigieron o las realizaron, se sustrae frecuentemente a la mirada del historiador, por hábil que este sea. Los documentos que a veces caen en sus manos y le revelan la fe de quien llevó a cima una epopeya, no pasan de ser muestras contadas, del riquísimo acervo que solo conoce Dios.

Una de ellas, se refiere a la memorable expedición de Montemar, que hubo de organizarse en Alicante, saliendo de su puerto con rumbo a las costas del continente vecino. Los documentos que hallamos en nuestro Archivo sobre el tema en general, son numerosos e interesantes. Algunos por excepción se relacionan con la materia concreta de este artículo. Sin descender a pormenores, son sin embargo suficientemente expresivos para permitirnos colegir con claridad; lo que ahora importa.

Empuñaba por segunda vez el cetro de España, el primer Monarca de la casa de Borbón. Nuestra importante plaza de Orán, perdida en las vicisitudes del periodo anterior, no habia podido aún ser rescatada del dominio de los moros. Abatido el país por la desastrosa guerra de Sucesión, habia demasiado que hacer en esta orilla del Mediterráneo, para ocuparse debidamente de los intereses que teníamos en la opuesta. Pero Felipe V, no se resignaba con aquella pérdida y apenas las circunstancias se lo consintieron, se dispuso a reconquistar la dicha población y sus castillos. Organizó al efecto, una de las expediciones más poderosas del siglo XVIII y confió su mando, a la pericia y valor de un caudillo insigne: el Duque de Montemar. Este se trasladó a Alicante, donde ya habian empezado los preparativos, bajo la dirección e instrucciones del Príncipe de Campo Florido, Capitán General del Reino de Valencia.

Corría el año 1.732. La primavera vestía

el campo de colores y saturaba el ambiente de perfumes. La ciudad tendida a los pies del Benacantil, se mostraba alegre y bulliciosa quizá como nunca lo había estado. De todas partes iban llegando día tras día, regimientos, baterías y escuadrones, con sus bagajes copiosísimos de pertrechos de guerra. Soldados de todas las armas, circulaban sin cesar por las calles del recinto murado y de los suburbios exteriores, poniendo aquí y allá la pincelada policroma de sus uniformes y la nota simpática de su humorismo juvenil. Colmados con creces los cuarteles de la plaza, fué preciso habilitar nuevos locales y repartir muchas boletas de alojamiento para albergar a tanta gente, mientras llegaban las naves que habían de conducirla a su destino. La oficialidad, los jefes y los altos mandos, se acomodaron en las casas de las autoridades, de los nobles y de los mercaderes acaudalados, no sin que hubiese que vencer algunas dificultades, pues a fuerza de venir capitanes, coroneles y mariscales llegaron a ser más los huéspedes de distinción, que las habitaciones de lujo disponibles para instalarlos como merecían. Al número de los militares concentrados entonces en la plaza, agréguese el de los paisanos forasteros que acudieron a ella atraídos por el probable negocio del momento y se tendrá una idea de la animación y aspecto que ofreció Alicante en la primavera de 1732. La población de hecho fué unas semanas, cuatro o cinco veces mayor de lo que era normalmente en aquellos tiempos. Calcúlense los apuros que pasaría el servicio local de Abastos, para dar de comer a tantas bocas.

Pero las fuerzas aquí reunidas, habían de embarcar para llevar a cabo su misión en Africa. Esto requería una enorme flota entre naves de combate y de transporte. Tenemos sobre la mesa la traducción castellana de un curioso trabajo impreso en Flandes, bajo el título de «Relación verídica y sucinta de la Conquista de Orán y sus castillos hecha en Lieja». En este curioso opúsculo se consigna que la Armada Naval de España reunida en aguas de Alicante a tal efecto, se componía de 12 navíos de guerra, 2 bombardas, 7 galeas, 25 galeotas y más de 600 embarcaciones de transporte. En ellas habían de ir a Africa de 27 a 28.000 hombres de infantería, caballería y dragones, aparte las dotaciones de guerra y marinería de todos los bajeles, en número que no especifica el trabajo citado.

La empresa de recuperar a Orán y sus castillos, era en verdad, árdua e importante, pero los medios que Felipe V ponía en manos de Montemar, eran también de condición extraordinaria. La bahía de Alicante estaba cubierta de naves y la ciudad colmada de bravos soldados dispuestos para el combate. El prócer capitán que los mandaba, conocía bien cuanto podía esperarse de su patriotismo y de su arrojo, el Duque por su parte había pro-

bado cumplidamente su propio talento y su pericia en multitud de campañas. Seguramente los moros de Orán, por muchos que fuesen y bien pertrechados que se hallasen, no podrían resistir el empuje de la expedición. Todo por lo tanto, inducía a creer en un triunfo rotundo.

Pero los caudillos españoles, ni se detuvieron nunca a comparar el número y filo de sus armas con las del enemigo, ni cifraron el éxito de sus gestas en el mero juego de las masas y fuerzas materiales. Para ellos hubo siempre un factor definitivo: la protección del Altísimo. Sin la ayuda de la Providencia, los ejércitos más fuertes son vencidos y las escuadras más terribles, sucumben, sin entrar en liza, al embate de las olas y de los vientos. Esta fe en los designios y la voluntad de Dios, ardió siempre en el corazón de los españoles, sobre todo, en los momentos cumbres de la existencia. El Duque de Montemar, a cuyo albedrío se confiaba ahora la vida de tantos hombres, a la vez que el prestigio de la Patria, no podía sustraerse al fervor del sentimiento religioso que satura y esmalta todas las páginas de nuestra historia.

Pero ¿qué imagen, qué símbolo, qué emblema santo le serviría como de lazo entre la tierra y el cielo, para llevar su plegaria al tronco del Altísimo?

En los aledaños de la plaza fuerte donde tantos regimientos y escuadrones esperaban ansiosos la orden de embarcar alzabase un Santuario en medio de una campiña poblada de casas de labor y amenas quintas de recreo. En aquel templo, se rendía culto a una Reliquia de valor inestimable. El Lienzo con que la Verónica enjugó el Rostro del Redentor en la calle de la Amargura. Aquel paño había estado en contacto con la Faz de Cristo. Y Cristo era la fuente, la clave, el norte de todas nuestras gestas, desde la que hubo de iniciarse entre los riscos de Asturias, hasta la que ahora se iba a emprender en Africa. Por Él y para Él, había en todos los mares, playas españolas. La bandera escarlata listada de oro, y el signo santo de la Cruz, se alzaban juntamente en todos los confines del mundo porque las huestes de Iberia, no quisieron nunca ganar un palmo de tierra para enriquecerse sino para alumbrarlo y redimirlo con la luz del Evangelio. La impronta de la Faz de Cristo, cifra y resumen de nuestros más hondos sentimientos, se hallaba a las puertas mismas de la ciudad en que 60 batallones esperaban ansiosos la orden de partir, para seguir evangelizando el mundo. El Duque de Montemar vió el cielo abierto. La frase no es aquí un tópico. ¿Qué mejor nuncio para llevar a la altura las preces de un soldado que iba a restaurar la Cruz en los Castillos de Africa?

Se acercaba la fecha de hacerse las na-

ves a la vela. Era el 6 de Junio. Nuestros regidores se reunieron en cabildo. En él se les dió cuenta de algo que no podía ser más grato a los ojos de los alicantinos. Montemar deseaba pasar al Monasterio para adorar la Faz de Cristo. En su vista se designó al regidor Sr. Canicia, para acompañar oficialmente al Duque, en su visita al Santuario, con las asistencias y solemnidades propias del caso. El siguiente día 7, por indicación del insigne peregrino, fué el señalado para la excursión.

La ciudad se había desvivido, atendiendo y agasajando a los expedicionarios. Por ellos tuvo que resolver graves problemas no sólo aquel año sino también los siguientes, pues las estelas de la Armada a estos efectos, duraron mucho tiempo en nuestras aguas. Todo lo hicieron nuestros paisanos con el mayor patriotismo y generosa voluntad. Pero si hubiese influido en sus desvelos, la posibilidad de una compensación moral, aparte el éxito mismo de la empresa, nada como el gesto de su caudillo, habría servido para premiar mejor los sentimientos de los ediles que nos regían. El Jefe Supremo de la expedición, iba a prostrarse humildemente, ante la Reliquia que cautivaba el corazón de todos los alicantinos.

Los documentos no dicen lo que ocurrió el día 7 en el Monasterio de la Huerta, nosotros sin embargo podemos inducirlo en lo

fundamental, casi con la misma exactitud con que un geómetra reconstruye un triángulo, sin conocer más que una parte de sus elementos. El Capitán General de los 60 batallones acuartelados en Alicante, oró emocionado ante la Faz de Cristo, poniendo en su plegaria todo el fervor de que es capaz un pecho cristiano en los momentos más solemnes de la vida. *Señor: La Patria ha puesto en mis manos la suerte de sus soldados. Yo la pongo en las tuyas todopoderosas. Ayúdanos a restaurar la Cruz en las costas de Africa.*

Los alicantinos que presenciaban el acto, completaron mentalmente la oración del Duque, con el grito férvido que brotó tantas veces de la garganta y el alma de las multitudes, ¡Misericordia, Faz Divina!

A los ocho días, las velas de Montemar, salían de Alicante con rumbo al continente vecino. Dos semanas más tarde, los soldaditos del Duque luchaban como leones sobre la arena y las rocas de Africa, después de luchar también con el furor del viento en la travesía. Y el 2 de julio la bandera amarilla y encarnada, ondeaba triunfante en todas las alturas de Orán y sus castillos. La Santísima Faz, paño secular de nuestras lágrimas, está ligada con toda la historia moderna de Alicante, pero con hilos áureos que brillan de cuando en cuando en la penumbra, también lo está con la de España



Embarque de las tropas de Montemar en Alicante

(Foto Sánchez). De un cuadro existente en el Ayuntamiento de esta ciudad.